# La Historia de Xóchitl Mujer Tejedora Mexica (4 capítulos)

Moisés Hernández

# La Historia de Xóchitl Mujer Tejedora Mexica

Moisés Hernández

# Capítulo 1

Al final del capítulo agregué un glosario de términos del significado de algunos términos en nahuatl utilizados en esta obra, gracias.

**La Historia de Xóchitl**

**Capítulo 1: Un triste comienzo.**

El sonido de las caracolas y de los tambores tocados por los sacerdotes del templo mayor anunciaban el nacimiento del nuevo día en Tenochtitlán, la majestuosa ciudad ubicada en el centro del lago de Texcoco, cuna de los orgullosos guerreros mexicas. Tonatiuh, el dios sol, se asomaba a lo

lejos entre las cimas de las montañas, llenando de vida a la gran urbe. A lo lejos se veía el volcán Popocatépetl y a Iztaccíhuatl, su eterna amante. Como cada mañana comenzaba la algarabía por todas partes. Era el momento de levantarse y comenzar con las actividades diarias. Cientos de viviendas de adobe rodeaban el centro de la ciudad, las mujeres se bañaban en los patios de sus casas con frutos de *copalxocotl* (1) y agua fría depositada en grandes tinajas de barro cocido. Posteriormente seguían los varones de las casas. El agua no se desperdiciaba, se almacenaba y se utilizaba para el riego posterior de las *chinampan* (2). Las damas se encargaban de levantar los *petlatl* (3) donde dormían, preparar las tortillas y calentar los frijoles en el fogón.

En una de tantas viviendas de los *macehualtin* (clase baja) habitaba la joven Xóchitl con su suegra y sus dos cuñadas. Era una mujer delgada de nariz redonda, labios gruesos, ojos pequeños y cejas pobladas, piel morena, de carácter tímido. Nada agraciada, como decía su madre política. Como cada mañana le correspondía alimentar al dios fuego en el fogón para calentar el *atolli* (4). Para ella era curioso cómo devoraba la madera la deidad. A veces se quedaba hipnotizada observándolo. Los gritos de su suegra la regresaban a la realidad, apresurándola con sus labores. Xóchitl, haciendo honor a su nombre, era amante de las flores. En su *huepilli* (5) blanco había bordado dos flores de cempoalxóchitl (flor de muerto) con sus preciadas agujas de hueso y madera. En el *tianquiz* (6) de Tlatelolco había conseguido algunos hilos de algodón pigmentados. Con gran talento había bordado las flores. Desde niña había desarrollado la habilidad del bordado en tela. Un día un joven aprendiz de guerrero la pidió en matrimonio y su padre la entregó poco antes de fallecer. Su marido tenía buen corazón y la trataba bien. Para la madre era un hijo torpe y despistado. Diferente a su difunto esposo que falleció luchando con gran valentía en la guerra. Sin embargo; el muchacho había despertado grandes expectativas cuando salió a su primera batalla a tierras purépechas. La chica había perdido a su primer hijo, ahora se encontraba embarazada por segunda vez. Estaba ansiosa por recibir a su marido y contarle que iba a ser papá.

Era cerca del mediodía cuando las caracolas comenzaron a sonar. Un mensajero trajo buenas noticias: con el favor del dios de la guerra, Hutzilopochtli, los guerreros habían triunfado y regresaban llenos de gloria y riquezas. La gente salió de sus casas a recibirlos con honores. Entraban los combatientes por la calzada principal. Al frente iban los *cuāuhpipiltin* (caballeros águila) y *ocēlōpipiltin* (caballeros jaguar), desfilando con su ejército. Los vistosos trajes, emulando a los animales que representaban, llamaban la atención de todos. Sus escudos cubiertos de plumas de colores resaltaban entre la multitud. El sonido de flautas y tambores les daba la bienvenida. Los danzantes agradecían al dios de la guerra la fortuna de los combatientes. Bailaban y hacían sonar las conchas marinas atadas a sus piernas y pies. Xochitl, su suegra Jatzibe, sus cuñadas Xitlali

y Ameyali; salieron también a recibir a los guerreros.

—¡Ahí viene Yoltic! Él debe saber algo de Tlapaltic mi hijo —dijo Jatzibe muy emocionada — ¡Hey muchacho, ven acá!

—¡Señora, fue increíble! Se nos venían los purépechas como tsitsiga (hormigas); pero resistimos y los echamos para atrás —El hombre estaba muy emocionado y no podía contenerse.

—No veo a mi hijo Tlalpatic, ¿qué sabes de él?

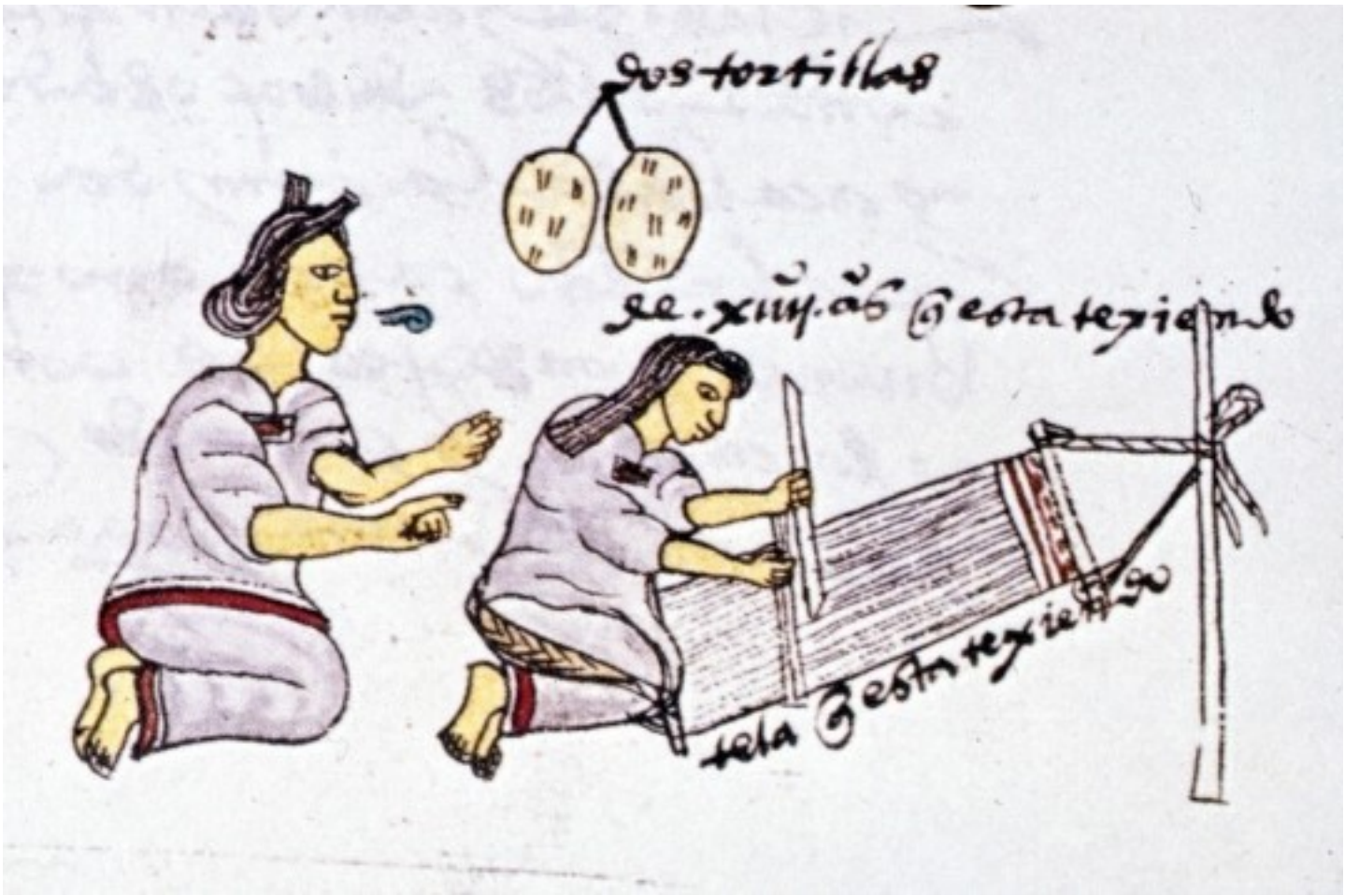
—Está muerto.

—¡Oh mí muchacho!, ya comparte el paraíso con Tonatiuh, murió en batalla —dijo con pesar.

—¡Que va! El muy torpe se resbaló cuando íbamos en camino, se cayó en una barranca y se desnucó —apenas lo dijo se dio cuenta de su error, cambió su semblante y se alejó para seguir festejando la victoria.

Las mujeres se quedaron llorando desconsoladas. Perdieron al hijo, hermano y esposo. Único varón de esa casa. Xóchitl comenzó a sentirse mal, pronto su huepilli se vio tinto en sangre. Entre las tres mujeres la llevaron cargando a su hogar. Mandaron llamar a una *tlamatlquiticitl* (partera); no hubo nada que hacer, perdió a su segundo hijo. Además, quedó impedida de volver a ser madre.

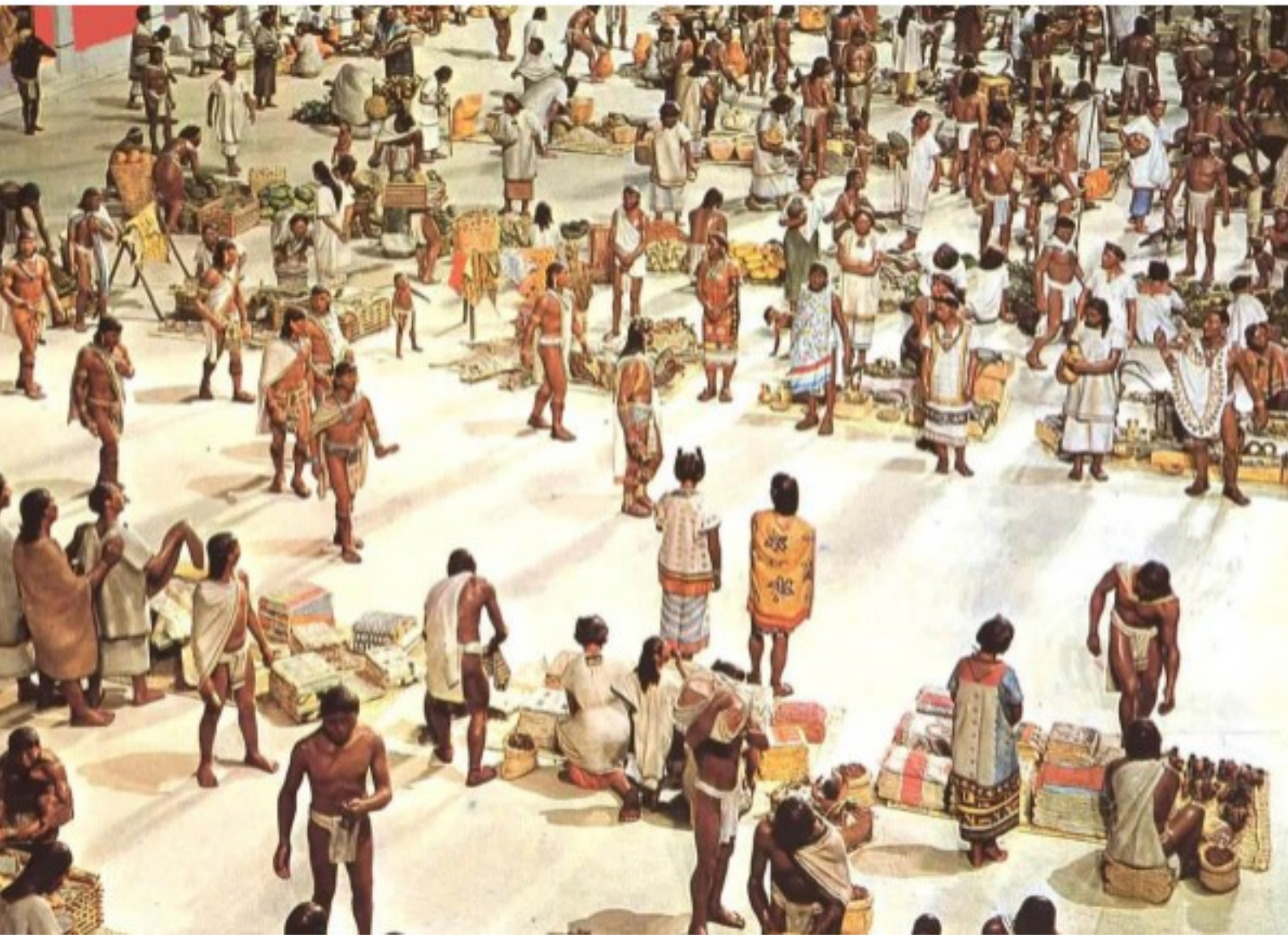
Por mucho tiempo estuvo deprimida y tardo bastante en recuperarse. Su vida parecía terminar de tajo. A partir de ahí las cosas cambiaron entre ellas. Xitlali y Ameyali pronto encontraron buenos pretendientes. La primera se desposó con un *pochteca* (comerciante) y la otra con un joven *milpixqui* (campesino). Xóchitl pasó a vivir con su suegra. Al quedar imposibilitada de ser madre ningún hombre la volvería a aceptar como pareja. Todo lo que le quedaba era seguir tejiendo telas, en eso se enfocó con pasión. Las mujeres mexicas usaban instrumentos para formar los hilos, como los malacates de barro o los tzotzopaztlis para acomodar los hilos en el telar.




Por las mañanas tenía que ir a llenar los cántaros de agua al acueducto que llegaba desde Chapultepec. Regresaba a ayudar a Jatzibe a moler el nixtamal en el *métlatl* (7). Esta última era una mujer no muy grande, tal vez 40 *xiutin* (años) su semblante mostraba algunas arrugas. El trabajo en el campo era duro, había tostado su piel. De carácter un tanto explosivo, acostumbrada usar el cabello largo recogido en una trenza, era bastante ordenada e independiente. Ambas mujeres se ponían a hacer tortillas a mano. Posteriormente salían a desyerbar las matas de frijol y maíz en las chinampas. También cultivaban flores como la *oceloxochitl* (flor de jaguar), *xicamiti* (dalia) y *cuetlaxochitl* (nochebuena). Estas se vendían bien en el tianquiz, los *pipiltin* (clase alta) compraban las mejores. Por las tardes Xóchitl se dedicaba de lleno a sus tejidos y bordados. Era asombrosa copiando los delicados colores de las flores, pronto comenzó a dibujar también animales. Era una labor que le llevaba demasiado tiempo y no pagaban mucho por el trabajo; pero se vendían.

Cierto día caminaba ofreciendo sus flores y *huepillis* bordados en Tlatelolco. Podían verse puestos de pieles de animales, vasijas de barro cocido, semillas, cuchillos de obsidiana, joyas de oro, plumas de aves, comidas de todas partes del imperio. El bullicio de la gente intercambiando sus productos con el estira y afloje. En eso, una hermosa *pipiltin* se acercó fascinada de su arte. Era una mujer joven adornada con joyas de oro y vistosos colores en sus ropas. El cabello lo usaba recogido y sujeto con una peineta. Venía acompañada de un séquito formado por

tres doncellas y dos fuertes guerreros.



—¿Tú hiciste este bordado? —decía mientras observaba con asombro el trabajo en la tela.

—Sí señora, es lo que hago —respondió agachando la cabeza con timidez.

—Vengo del palacio de mi señor Moctezuma, soy su hija Ichcaxóchitl Tecuichpo. Veo que has copiado la figura de un *Axólotl* (ajolote) a la perfección. ¿Qué pides por esta maravilla?

—A mi señora no puedo vendérselo, es hija de una divinidad. Lléveselo, es suyo.

—No muchacha, has dedicado bastante tiempo a este trabajo — Entonces se quitó su par de aretes de oro y se los ofreció —. Te doy esto a cambio

de tu huepilli.

—¡Mi señora, no puedo aceptar tanto! Si me los ven van a pensar que los robé; además, no podría venderlos.

La princesa sonrió, volteó a ver a uno de sus guerreros y le dio una orden.

—Quiero que acompañes a esta mujer hasta su casa y lleves dos *huehuexóloj* (guajolotes o pavos) contigo.

El hombre partió por el encargó mientras la pipiltin seguía hablando con Xóchitl.

—Me gusta tu trabajo, no vengo mucho al tianquis, pero cuando regrese me gustaría ver que más sabes hacer.

—Gracias mi señora, sigo pensando que todavía es demasiado por mi humilde trabajo; pero gracias.

La mujer se alejó seguida de su séquito, La chica estaba muy emocionada. Por la tarde regresó a su casa cargada con dos bolsas con *xictomatl* (jitomate), *chilli* (chile) y acompañada del guerrero con los *huehuexóloj*. Había sido un gran día con buena venta.

—¡Jatzibe, Jatzibe! ¡Mira lo que me dieron por uno de mis  huepilli!

—Mujer, que gritos son esos, ¿qué te pasa?

—Mira, me dieron dos huehuexóloj, podemos comer huevos o venderlos.

—Vaya. Pero, ¿quién pagó tanto por eso?

—La hija del *Huey Tlatoani* Moctezuma. Se llama Tecuichpo, le encantó mi trabajo.

Vocabulario.

(1).-Copalxocotl: Planta de origen mesoamericano que produce espuma al remojar sus frutos con agua.

(2).-Chinampan: Islote artificial utilizado para el cultivo, hoy llamado chinampa.

(3).-Petlatl: Un tipo de alfombra hecha con hoja de palma utilizado para

acostarse en el suelo. Ahora se llama petate.

(4).-Atolli: Bebida que se preparaba con agua, harina de maíz y se endulzaba con miel de abeja. Actualmente llamada atole con diferentes formas de preparación.

(5).-Huepilli: Vestido liso, en forma de camisón, utilizado como prenda típica de México. Ahora se llama Huipil.

(6).-Tianquiz: Mercado provisional que se pone y quita. Ahora llamados Tianguis o mercados sobre ruedas.

(7).-Métlatl: Especie de molino manual que consta de una piedra de cantera rectangular y una piedra semicilíndrica entre las cuales se muelen granos de maíz para elaborar el nixtamal.

# Capítulo 2

*Esto tenía que contarse: los antiguos mexicas practicaban el canibalismo ritual. No es cuestión de quien se sienta ofendido por tales verdades. Era una realidad entre los pueblos mesoamericanos. Sin embargo; hago la aclaración que la ingesta de carne humana era parte de un culto religioso.*

**Capítulo 2: El día del sacrificio.**

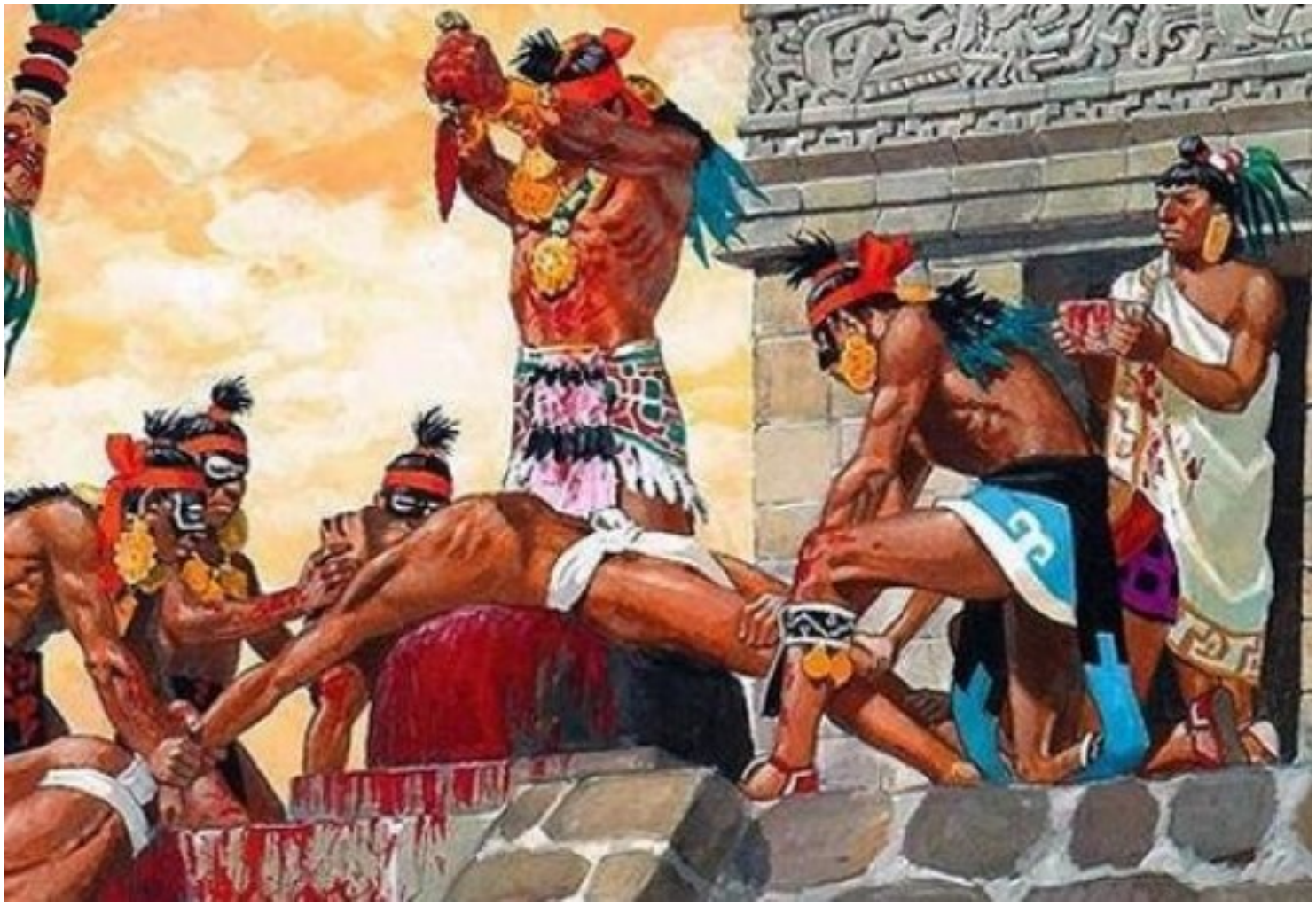
Los tambores anunciaban el nacimiento de un día más. Pero este era muy especial. Hoy serían sacrificados los prisioneros capturados en la guerra contra los purépechas. Habían sido atendidos y alimentados bien por varias semanas. El pueblo se reunía dentro del gran recinto donde había varios edificios y los altares de las deidades mexicas. Este era un cuadrado de aproximadamente 500 metros por lado. Estaba totalmente bardeado y tenía dos puertas de madera de acceso a su interior. La edificación más grande era el *Huey Teocalli* (templo mayor o gran templo). Este tenía una forma piramidal escalonada con una base de 82 metros por lado y una altura de 45 metros. En la parte superior de la pirámide yacían dos santuarios gemelos: uno dedicado a Huitzilopochtli (dios de la guerra) y el otro a Tlaloc (dios de la lluvia). Había dos escalinatas que llevaban a los santuarios. A los pies de la que llevaba al dedicado a Huitzilopochtli se encontraba la Coyolxauhqui (piedra de la luna). Era una roca de cantera circular que mostraba esculpida sobre relieve a la hermana del dios de la guerra descuartizada por él. Como era costumbre el pueblo Mexica debía alimentar al dios sol Tonatiuh. De otro modo este perdería su poder y hundiría al mundo en la eterna oscuridad. Este necesitaba de la preciosa sangre de los guerreros prisioneros, de ella obtenía la energía para poder seguir brillando en el firmamento y vencer a la noche.

*Huey Teocalli al fondo.*

*La coyolxauhqui*

Los prisioneros subían amarrados con las manos hacia atrás, la cabeza agachada, rostro de resignación y en fila hacia la parte superior. En las afueras del recinto se encontraba la piedra de los sacrificios. Sobre ella se recostaba a los prisioneros boca arriba. Se les sujetaba de brazos y piernas entre varios sacerdotes. Uno de ellos, con gran habilidad, usando un cuchillo de obsidiana, hacía un corte entre las costillas y rompía una de ellas con un martillo de piedra. Posteriormente con sus dedos extraía el corazón aún palpitante y lo cortaba de tajo limpiamente. Éste era quemado en una vasija. Después el cadáver era decapitado y su cabeza expuesta en un bastidor. El cuerpo era arrojado desde lo alto del Huey Teocalli a la multitud. Ésta les cortaba los brazos y las piernas a los cadáveres. Con ellos se preparaba el *pozolli*. Que no era otra cosa que un estofado de carne humana con semillas de una cierta variedad de maíz, chile y tequesquite (un tipo de sal). El torso de los cadáveres se conservaba para alimentar a las fieras del zoológico del Huey Tlatoani (el emperador mexica). El pueblo entero participaba en la ceremonia. Al final festejaban gozosos por haber ayudado a Tonatiuh a vencer a la

oscuridad.



Jatzibe terminaba de preparar el *pozolli*. Sirvió varios platos, este día tenía visitas. Sus dos hijas y sus yernos estaban ahí. Juntos participaron del ritual excepto Xóchitl. Ella era melindrosa para comer y se resistía a participar del banquete.

—Mujer, siéntate a comer, no vayas a empezar con tus caprichos. Los dioses nos están mirando—dijo Jatzibe.

—Es que me da nauseas la carne del ritual. Preferiría otra cosa.

—Solo siéntate, cállate y come.

A Xóchitl no le quedó más remedio que acceder. Todo era mejor que lidiar con el mal carácter de Jatzibe. Las rabietas podían durar días. Era la costumbre de los mexicas de comer sentados en el suelo en cuclillas. Mientras comían su suegra contaba el viejo mito de la pelea entre dioses

hermanos:

"Era nuestra diosa madre de la fertilidad y la tierra, Coatlicue, que barría su casa en Coatepec. Cayó un plumón del cielo y lo recogió y guardó en su vientre. Milagrosamente quedó embarazada de Huitzilopochtli. Nuestro señor que nos sacó de las tierras de Aztlán y nos trajo a este lugar donde nuestros padres fundaron Tenochtitlán."

"Sus cuatrocientos hijos y su hija menor Coyolxauhqui decidieron darle muerte a su madre y al nonato porque era deshonroso que quedara embarazada sin saber el nombre del padre. Pero su hijo Cuauhtlicac no estuvo de acuerdo y avisó a su madre lo que intentaban ellos. Nuestra diosa amada lloró al saber que iban a matarla; pero su hijo nonato le habló desde el vientre y le dijo que no se preocupara, que él la defendería de sus hermanos."

"Cuando iban a matarla, subieron a la montaña donde vivía. Gran sorpresa se llevaron porque el pequeño Hitzilopochtli nació armado como guerrero, con el cuerpo pintado de azúl y con la cabeza adornada de plumas de águila."

"De un tajó le cortó la cabeza a su hermana con su arma, después la descuartizó y la arrojó desde la montaña. Sus hermanos asustados intentaron pelear, pero muchos fueron muertos y otros huyeron de la batalla. Así salvo el pequeño a nuestra amada señora."

De pequeña jatzibe escuchó esa historia infinidad de veces de sus padres, ahora ella era la encargada de contarla a las nuevas generaciones.

*Huitzilopochtli*

# Capítulo 3

## Capítulo 3: El Nahualli

El año Mexica estaba formado por dieciocho meses de veinte días cada uno. Al mes se le llamaba *Meztli* (Luna). A su vez cada uno estaba formado por cuatro periodos de cinco días cada uno. Era el mes *Toxcatl* (cosa seca), quinto del año. Este era dedicado a la deidad Tezcatlipoca, deidad de príncipes y guerreros. Era un periodo de fiestas y bailes. Todos asistían con sus mejores prendas, los pipiltín llegaban enjoyados y mostrando tiaras y coronas en sus cabezas. Había música de flautas y tambores, así como panderos de conchas. Las personas hacían movimientos corporales moviéndose en círculo. Enfrente uno de los lideres de los *calpullis* (barrios) se presentaba disfrazado de una de las deidades. El baile también tenía un sentido religioso, debían moverse en armonía con las energías sagradas presentes.

Xóchitl se presentó a la fiesta con un *huepilli* bordado con un *tochtli* (conejo) en color amarillo. Su cabello peinado y recogido en la cabeza con cintas rojas. Andaba descalza como las demás mujeres *macehualtin (clase baja)*.

Disfrutaba de la fiesta cuando en eso pasaron dos guardias llevando a Yoltic y a otros muchachos detenidos, el vecino de las mujeres. Ella fue a reclamar.

—¡No se los lleven! ¿Qué fue lo que hicieron? —reclamó indignada.

—Los encontramos consumiendo *polluqui* (pulque) —dijo uno de los guardias.

—¡Condenados muchachos!, ya saben que está prohibido. Solo es para los ancianos ¿Qué van a hacer con ellos?

—Lo llevamos presos para que les corten el cabello.

Al escuchar el castigo Yoltic comenzó a jalonearse y se tiró al piso suplicante.

—¡No por favor eso no! Todos se van a burlar de nosotros.

Los guerreros no escucharon las súplicas del joven, se lo llevaron arrastrando con los demás. Se perdieron de vista entre la multitud de danzantes y músicos.

El *polluqui* (pulque) es la sabia fermentada de una cactácea llamada maguey, esta solo se permitía ingerirla a los ancianos. Si se encontraba a los jóvenes bebiéndola y embriagándose se les castigaba cortándoles el cabello. Ese castigo era considerado muy ofensivo porque la cabellera representaba la virilidad de los guerreros.

Era de madrugada cuando Jatzibe se levantó, tomó una vasija y comenzó a vomitar. Tenía varios días que la mujer se encontraba enferma del estómago, tenía fiebres, dificultad para dormir y se sentía nerviosa. Había tomado tes de *iztahuyatl* (ajenjo). Sin embargo, no mejoraba. Así que decidieron ir a visitar a un *nahualli* (nahual o brujo). Aún no se asomaba Tonatiuh en el firmamento. Caminaron un buen tramo, estaba lejos la casa del curandero. Salieron de la ciudad por la calzada principal, llegaron a una casa de adobe y madera un poco alejada de los *calpullis*.

Grande fue su sorpresa cuando vieron algo que las asustó mucho. Arriba de un árbol, junto a la casa estaba encaramado un hombre pájaro. Al verlas salió volando y se perdió atrás de unos matorrales. Ellas se abrazaron pidiendo protección de las divinidades sujetando unos amuletos. Poco después un anciano llegó junto a ellas burlándose. Vestía una especie de camisón con una chamarra de piel de *mazatl* (venado); usaba el cabello largo muy limpio y pintado de canas; portaba uno collar de bellotas con una imagen de una deidad en el pecho.

—Ja, ja, ja, ¿qué pasó? ¿Que vieron?

—Señor, vimos algo horrible, una especie de *tototl* (pájaro) enorme como hombre.

—Era yo, me convertí en *tototl* para asustarlas, sabía que vendrían a verme —decía sin dejar de reírse.

—¿De verdad era usted? —preguntó aún asustada Xóchitl.

—Sí, mi señor Tezcatlipoca me concedió el don de convertirme en mi animal protector. También puedo adoptar la forma de *coatl* (serpiente).

Pero las hubiera puesto en fuga.

—No señor; veo una serpiente y le sorrajo una pedrada en la cabeza ¿Sabía que vendríamos?

—Sí muchacha, pasen a mi casa, deja revisar a esta mujer.

—Tienes grandes poderes señor, sabes a lo que venimos.

La casa del *nahualli* se alumbraba con un palo de *chamaite* (ocote). Esta madera contiene brea del árbol y arde con facilidad. Se sentaron en un petlatl. En el centro había un incensario donde se consumía copal y emanaba un humo picante y oloroso. El anciano observaba a Jatzibe, le palpó el estómago y le revisó los ojos. Dio su diagnóstico.

—No es enfermedad benigna lo que tienes, te hicieron un daño por envidias —dijo con preocupación—. Levántate por favor, tengo que hacerte una limpia.

Entonces tomó un ramo hecho con ramas de pirul y encino. Lo pasó por todo el cuerpo de Jatzibe, mientras con la otra mano sostenía el incensario y bañaba su cuerpo con el humo del copal. Hacía oraciones a Tezcatlipoca. Jatzibe comenzó a sentirse mal y a tambalearse. Posteriormente el anciano tomó un huevo de *huexólotl* (guajolote), se lo pasó por todo el cuerpo. Después, en una vasija de barro lo rompió. Un olor a podrido se percibió por toda la casa. Él tomó el recipiente y se lo llevó a tirar a un riachuelo que pasaba cerca de su casa. Momentos después regresó.

—Se ha ido el daño que traía —dijo el hombre.

—Pero, ¿quién pudo hacerle eso a mi suegra? No se mete con nadie —cuestionó Xóchitl.

—Ahora lo veremos.

Entonces el *nahualli* tomó una vasija, vació un aceite floral y unos polvos. La puso a calentar en el fogón. Un rostro se comenzó a formar en la superficie de la vasija. Alguien conocido.

—Si quieren le regresamos el mal que quiso hacer—agregó el hombre.

—Sí, que se muera —respondió Jatzibe algo recuperada.

—Podemos hacer eso. Pero le advierto señora que todo daño que causes, algo de eso se te regresará.

Xóchitl ya no permitió que Jatzibe dijera más. Se levantó y la jaló. Entregó al hombre su paga: tres huevos de huexólt y diez tlaxcalli

(tortillas). Dieron las gracias, ya se iban cuando el nahualli habló a la joven.

—Muchacha. Has de saber esto que me fue revelado: el fin del mundo está cerca, todos moriremos; pero veo que tú no.

—No entiendo señor —Agregó Xóchitl confundida.

—Tú no perteneces a nuestro sol. Se acerca el final de él, pronto vendrá otro nuevo. Por eso te sientes extraña con los de tu pueblo. Después de que todo se acabe vivirás una segunda vida. Vendrá otro mundo donde ahí estarás. Serás alguien importante.

—Lo siento, no le entiendo.

—Lo sé, pero en su momento lo comprenderás —agregó sonriendo el anciano.

De camino a la ciudad se encontraron a Yoltic y sus amigos a los pies de un peñasco. Tomaban *polluqui* en cáscaras de coco, ya rapados. Pintarrajeaban unas piedras con sus dedos y algo de pintura vegetal. Escribían sus apodos y algunas majaderías dirigidas a los guardias que los detuvieron.

—Estos muchachos no aprenden —dijo Jatzibe.

—Son muy jóvenes, no les gusta obedecer —concluyó Xóchitl.

# Capítulo 4

**Capítulo 4: El reencuentro con la princesa Tecuichpo.**

Era el sexto mes del año, llamado *Etzalcualiztli* (comida de frijol), en este mes eran honrados los dioses relacionados con la lluvia. El más importante era Tláloc, dios de la lluvia. Xóchitl se encontraba en el *tianquis* de Tlatelolco ofreciendo sus *huepilli*. Había uno que mantenía guardado en una bolsa. Hacía tiempo que lo había bordado y lo estaba reservando para una persona en especial. Había pasado bastante tiempo desde que se encontró con la princesa, que pensó que quizás no la volvería a ver. Las divinidades rara vez se dejaban mirar por los mortales comunes. Sin embargo, hoy era su día de suerte. La vio venir, mujer que caminaba con garbo y de hermosa sutileza en sus movimientos. De mirada profunda, espalda recta, cabello largo de complejo peinado, labios de carmín y bella sonrisa. Vestía un *cueitl* (Especie de falda) blanco con flores bordadas. Curiosamente también usaba el *huepilli* del *axolótl* que le había vendido Xochitl. Era delgada y muy hermosa. Calzaba unas *cactli* (sandalias) de piel de *mazátl* (venado). La acompañaban dos guerreros ataviados con *maztlatl* (tapa rabos) y *tilmatli* (especie de capa) teñidos en tono amarillo. La princesa se fue acercando a donde estaba la muchacha. Xóchitl se sentía intimidada ante la presencia de la divinidad. Se postró en cuanto la tuvo enfrente.

—Muchacha, sabía que te encontraría—dijo la princesa con una sonrisa de oreja a oreja—. Levántate por favor.

—Mi señora, es un honor que se dirija a su servidora — habló con humildad, la joven, mientras se incorporaba.

—Vine a ver tu trabajo, la verdad que quedé encantada con este huepilli, es mi favorito —Con orgullo mostraba la vestimenta.

—Gracias.

—Déjame ver que más tienes —con mirada ansiosa miraba los tres *huepilli* que ofrecía la chica.

La princesa Tecuichpo recorría con la mirada uno y otro vestido fascinada con esos bordados. Eran flores multicolores, cada corola elaborada con sumo detalle. Largas cadenas de hojas circundaban el vestido hechas de forma magistral. Las formas eran ancestrales, quizás desde el principio de

los tiempos.

—Mi señora, hice uno especial para usted —dijo Xóchitl contenta al ver la admiración que sentía la *pipiltín* por las vestimentas.

Sacó de la bolsa, de raíces entretejidas, el vestido que guardaba con mucho celo para que nadie más lo viera. Lo desenvolvió y se lo mostró a Tecuichpo. La mujer soltó de sus manos los otros *huepilli* y no dijo nada. Xochitl pensó que no había sido del agrado de la *pipiltín* y decidió guardarlo.

—Espera, ¿qué es lo que haces? —dijo Tecuichpo sosteniéndola de las manos para que no guardara el *huepilli*.

—Creo que no le gustó señora.

—Pero, ¡qué cosas dices! No solo sí me gustó: ¡me ha encantado! Déjame ver esa maravilla.

La mujer desenvolvió el vestido. Un hermoso *quetzalli* de plumas multicolores abarcaba el centro del *huepilli*. Cada detalle de las plumas y la forma del ave impresionaban a la princesa. Eran colores vivos y formas delicadas que regocijaban la pupila. No importaba que la tela fuera de *meyehual* (maguey). El hermoso bordado igual hubiera impresionado en fina tela de *ixcaxíhuitl* (algodón).

—¿Cómo te llamas muchacha?, he sido muy descortés y no te he preguntado tu nombre.

—Xóchitl (flor), ese es mi nombre.

—¿vives con tu esposo e hijos?

—No mi señora, mi esposo está en el Mictlán (reino de los muertos) con mi señor Mictlantecuhtli (señor de los muertos). Quiso morir como guerrero y entrar al cielo y reunirse con Tonatiuh (el sol); pero no fue la voluntad de los dioses —recordó con tristeza la chica—. No puedo tener hijos, perdí dos y ya no puedo volver a tener. Vivo con mi suegra, nos apoyamos en las labores de la casa.

—Lo lamento —agregó Tecuichpo sintiendo pena de la tragedia de la

muchacha.

La pipiltín meditó por unos momentos. Xóchitl levantaba los vestidos que la princesa había dejado caer por descuido. Finalmente salió de sus cavilaciones y habló con la chica.

—Mira Xochitl, tú tienes un enorme talento en tus manos. Me gustaría que fueras mi *ichpochtli* (doncella). Te encargarías de bordar mi ropa. Esto que tú haces es mágico. Vivirías en el palacio conmigo.

—Señora, no me siento digna, ¿de verdad quiere que viva en el palacio de mi señor Moctezuma con usted?

—Sí, ¿aceptas?

—Tengo que avisarle a mi suegra. ¡No puedo creerlo ¡

—Mañana irá a visitarte una de mis ichpochtli y te dará indicaciones de lo que debes de hacer y dónde vivirás —agregó Teuichpo mientras tomaba los vestidos —. Ahora debo pagar por tu trabajo. Me llevo los cuatro *huepillis*. Podrás ir a descansar temprano a tu casa.

—¿De verdad me va a comprar todos mi señora?

—Sí muchacha, me encantan todos.

Sobra decir que la pipiltín tuvo que dejar a sus dos guerreros para llevar las cosas que le entregó a Xóchitl por sus vestimentas. Lamentablemente los mexicas no inventaron el dinero. Había que cargar; ni modo.

El día terminaba. Los pochtecas recogían sus mercancías no vendidas, solo Xóchitl había acabado con todo. Se podía ver a los chilpayatl (niños pequeños), totalmente desnudos, recogiendo las frutas mayugadas o pidiendo sobrantes de comida a los comerciantes. No era cuestión de extrema pobreza; más bien, se trataba de no desperdiciar nada. En la cultura Mexica todo se aprovechaba. Era normal que los padres *macehualtín* (clase baja) mandaran a sus hijos al tianquis a conseguir sobras de comida.